

EL ASESINO DE LA CORBATA

MARIE-AUDE MURAIL

Traducción del francés de
Julia Alquézar



Siruela Serie Negra

Miércoles 6 de mayo de 2009

Todo empezó el día en que una amiga preguntó a Ruth si tenía una fotografía de su madre.

–Tengo una de cuando era joven. ¿Quieres verla?

Déborah se limitó a encogerse de hombros. Sólo lo había preguntado para matar el tiempo de aquel miércoles lluvioso. Ruth rebuscó en el cajón de su mesa mientras hacía algunos comentarios para entretener a su amiga:

–Es una fotografía que me gusta mucho porque sale también su hermana gemela. Se parecen, pero a mi madre se la ve más seria, más...

–Más tímida –le ayudó Déborah.

Ruth sacudió la cabeza.

Cuando su madre murió, tenía diez años. Habían pasado cuatro años. Cuando cerraba los ojos e intentaba recordarla, la confundía con una actriz...

–Brigitte Fossey –dijo en voz alta.

–¿Cómo?

–Me refiero a que se parecía a... ¡Ah, mira, aquí está! Es en blanco y negro –observó, un poco decepcionada.

–¿Quién es? ¿Cuál de las dos es?

–La más delgada.

Las hermanas Ève-Marie y Marie-Ève Lechemin po-

dían diferenciarse por la forma del rostro: una lo tenía más ancho, y la otra, más alargado.

–Ahí debe de tener nuestra edad –supuso Déborah.

–Un poco más. Tenía unos quince o dieciséis.

–¿No tienes ninguna más reciente?

–No.

–Qué raro.

–¿Por qué?

–Bueno, no sé... En mi habitación tengo hasta fotografías de mi perro, que ya murió.

Sus palabras implicaban una velada acusación.

–Es por mi padre –confesó Ruth–. No le gustan las fotografías.

–¿No tiene fotografías de su mujer?

–Sí, pero guardadas en una caja.

Un día, Martin Cassel había abierto esa caja, una vulgar caja de zapatos, para enseñar a la hermana pequeña de Ruth, Bethsabée, cuánto se parecía a su mamá.

Ruth sabía muy bien lo que hacía al abrir el cajón de la ropa interior: rebuscaba entre las cosas de su padre. ¿Dónde estaba la caja? Tenía que darse prisa. Lou, la canguro, había llevado a Bethsabée al Parc Bordelais, pero no tardaría en volver. Unas cuantas gruesas gotas de lluvia de la tormenta acababan de estallar contra el cristal.

–¿Y bien? –dijo Déborah, plantada en medio de la habitación.

Soñadora, miraba la cama del señor Cassel, cubierta por una gruesa colcha carmesí. Sólo había visto al padre de Ruth vestido con traje y corbata, pero seguro que usaría pijama por las noches. ¿O no?

–¡Aquí está, la tengo!

La caja estaba escondida detrás de una pila de sábanas. Sin embargo, ¿por qué iba a estar «escondida»? Simplemente estaba guardada. Ruth la entreabrió para comprobar que no se equivocaba, pero en ese mismo momento oyó el ruido de una puerta. Se miraron con pá-

nico, y Déborah y ella oyeron una vocecita que llamaba a su hermana mayor. Ruth cogió unas cuantas fotografías, se las guardó debajo del jersey y empujó la caja detrás de las sábanas. Sin decir una palabra, se escabulleron de la habitación del señor Cassel.

–¿Dónde estabas?

–En la cuarta dimensión –respondió Ruth a su hermana.

Bethsabée no intentaba comprender lo que decían los mayores. Bastante tenía con ocuparse de su vida de niña pequeña.

–He visto a mi novio del colegio –dijo–. Me ha dado esto.

Abrió el puño. Había apretado con tanta fuerza la grava que se le había quedado marcada en la palma.

–¿Vienes? –dijo Déborah impaciente.

Ruth mantenía las manos pegadas a la parte inferior de su suéter para evitar que se le cayeran las fotografías.

–Tira eso, es asqueroso –dijo a Bethsabée mientras se alejaba.

Cuando Déborah le dio la espalda, la chiquilla le hizo una mueca. La amiga de su hermana no le caía bien.

Una vez en su habitación, Ruth, que conocía la mala costumbre de Bethsabée de entrar sin avisar, apoyó la espalda contra la puerta y tiró las fotografías encima de la cama. Déborah iba separándolas mientras decía:

–Tu hermana, tu hermana, tú... ¿Y eso qué es?

Ruth tuvo que acercarse.

–Una vieja fotografía de clase.

–Sí, gracias, eso ya lo veo, pero ¿de quién...? Ah, mira, ¡ésa es tu madre! –puso el dedo sobre una de las gemelas Lechemin–. Y el que está a su lado es tu padre, ¿verdad?

Martin Cassel era fácilmente reconocible, aunque hubieran pasado veinte años.

–Sí, mis padres se conocieron en...

Ruth no pudo terminar la frase: acababa de ver a la otra gemela, la que tenía la cara alargada, al final de la fila. Llevaba el cabello estirado y recogido en una cola de caballo. Parecía algo tristonza.

–¿Qué curso era? ¿El último antes de la universidad?
–Déborah la empujó–. Es lo que pone en la pizarra que tiene la profe a sus pies.

Se quedaron en silencio. Déborah deslizó el dedo a lo largo de la fila.

–Y ésta de aquí, ¿quién es?

Ruth farfulló:

–Verás, a veces... estaban en la misma clase.

–Espera, hay algo que no entiendo. ¿Cuál de las dos es tu madre?

–Esa de ahí –murmuró Ruth.

Señaló a la chica de la cola de caballo.

–Entonces, ¿por qué tu padre está pegado a la otra?

–No está «pegado».

–¡Sí que lo está! Además, está agarrándole la mano.

–No.

–Coge una lupa y lo verás.

Había una lupa en la habitación de su padre, pero Ruth no tenía la intención de volver.

–Me he equivocado –decidió–. La de la cola de caballo es Ève-Marie.

–Tu tía.

–¿Mi tía?

–La hermana de tu madre es tu tía, ¿no? –dijo Déborah como si hablara con una deficiente.

Ruth asintió. La hermana de su madre era su tía. O, al menos, habría sido su tía...

–Está muerta.

–¿Cómo?

Déborah estaba desconcertada. Había pedido una fotografía de la difunta madre de Ruth, y ahora descubría que su tía también estaba muerta.

–Entonces, ¿las dos lo están?

–Sí.

Volvían a hablar en voz baja.

–¿Hace mucho que tu tía falleció?

–Ahí.

–¿Cómo que ahí?

–Bueno, en esa época... –dijo señalando la fotografía–.

Murió cuando estaba en el último curso del instituto.

–¿Ah, sí? ¿Y cómo fue?

–Se ahogó en el Charente.

Se sentía agobiada, no tenía ganas de hablar de eso, sobre todo sin estar segura de quién era quién. Fue a buscar la fotografía de las gemelas al cajón y la puso al lado de la fotografía de clase.

–Ésta de aquí es ésa de ahí –dijo Déborah señalando sucesivamente a la gemela de rostro alargado y después a la joven de la cola de caballo.

–Sí.

–Pero... ¿es tu madre o no?

Ruth se acordó de repente del juego al que jugaba con su madre de pequeña. Se hacían preguntas, pero no podían responder ni con un sí ni con un no.

–No lo sé.

–¿No reconoces a tu madre? –insistió cruelmente Déborah.

–¡Son gemelas y se parecen! ¡Y no estás hablando de un perro!

–Pues pregunta a tu padre si la gemela más delgada es tu madre.

–No pienso preguntar nada a mi padre. ¿Está claro?

Se quedaron un momento sumidas en un silencio incómodo.

Después de mirar atentamente la fotografía de la clase, Déborah tuvo una idea. Una idea genial.

–Sé cómo averiguar cuál de las dos es tu madre.

Ruth le lanzó una mirada incrédula. En ese momento

Déborah la informó de la existencia de un sitio en Internet en el que la gente colgaba sus viejas fotos de clase con la esperanza de volver a encontrar a sus compañeros de otro tiempo.

–Se llama algo así como «perdido de vista»... Te lo enseño.

Déborah aporrea el teclado del ordenador personal de Ruth y llega rápidamente a la ficha de inscripción del sitio. Comienza tecleando «Martin Cassel», después se vuelve a su compañera:

–¿Cuál es su fecha de nacimiento?

–¿De mi padre? El 5 de junio. Pero ¿qué haces?

–¿Y el año?

Ruth infla y luego desinfla los carrillos.

–¿No sabes su año de nacimiento? ¿Qué edad tiene?

–Treinta y... eh... ¡siete!

Martin Cassel había nacido el 5 de junio de 1971. Había hecho su último curso en el instituto Guez-de-Balzac de Saintes, según se leía en el dorso de la foto. Déborah introdujo estos datos, y después de unos cuantos clics llegó hasta el instituto en cuestión. Ya había 3.800 inscritos y diez fotos de clase. Las examinaron rápidamente. Ni las gemelas ni Martin Cassel aparecían en ellas. Para colgar en el sitio la foto de la TC3, había que dar una dirección de correo electrónico que permitiese confirmar la inscripción.

–Vamos a crear una dirección falsa en Gmail –soltó Déborah, que era toda una profesional de Internet.

Ruth, a quien los tejemanejes de su compañera inquietaban, asistió al nacimiento de un m.cassel@gmail.com, lo que confirmó su inscripción en perdidosdevista.com antes de colgar la foto de clase en la que se indicaban tres nombres: el suyo y el de las gemelas Lechemin. Cuando se pasaba el cursor sobre una de las tres personas, bajo la cabeza aparecía una pestaña con su nombre. Déborah añadió un mensaje sencillo:

Si se reconoce en la foto, escriba a Martin Cassel.

–¿Y ahora que pasará? –masculló Ruth, que tenía la sensación de no controlar nada.

–Bueno, si nos hemos equivocado habrá alguien que lo dirá.

–Me extrañaría.

–¿No reconocerías a una chica que se ahogó en tu último curso de instituto?

Ruth meneó la cabeza, más que dubitativa. ¡Eran gemelas!

–Y además, es dírver –añadió Déborah, a la que sus catorce años aburrían enormemente.

No imaginaba lo que una simple foto colgada en Internet podía acarrear.

En cuanto Déborah se fue, Bethsabée se coló en la habitación de su hermana mayor.

–Se llama antes de entrar.

–¡Oh! ¡Tienes la fotografía de mamá! –gritó la pequeña abalanzándose sobre la imagen de las dos gemelas en blanco y negro.

–A ver si sabes quién es mamá –le preguntó Ruth como si fuera un acertijo.

–¡Ésta! –respondió Bethsabée clavando el dedo encima de la gemela de cara alargada.

–¡Cuidado, Beth, que vas a romperla!

Pero Bethsabée hizo caso omiso de las reprimendas de su hermana.

–Papá dice que soy tan guapa como mamá.

Se plantó delante del espejo, se recogió los finos cabellos rubios en una cola de caballo, después sacó la cadera, clavó el puño a la altura de la ingle y sacó la barriguita redondeada hacia fuera.

–¿Te parezco guapa?

A Ruth no le gustaban esas poses de Beth, que a veces ponía incluso delante de su padre.

–Mamá no era tan presumida como tú –dijo ella sin pensarlo mucho.

Bethsabée dejó caer el cabello.

–¡No es justo! Tú tuviste un poco a mamá, y yo, nada de nada.

–No es así, Beth, lo que pasa es que no te acuerdas porque no tenías ni dos años.

Cuando Bethsabée mostraba su corazón de huérfana, Ruth sentía ganas de poner el mundo a sus pies. Ése era su secreto: amaba apasionadamente a Bethsabée. A los nueve años había leído *Mujercitas*; una de las cuatro hermanas se llamaba Beth y estaba gravemente enferma. Ruth había devorado el libro con la esperanza de que se salvaría. Pero «Beth murió apaciblemente una mañana, con la cabeza apoyada en el brazo de su madre y apretando la mano de su hermana», y Ruth, haciendo pucheros sobre el libro, se había jurado que se mataría si Bethsabée moría antes que ella. Y ahora que tenía catorce años, seguía convencida de ello.

El señor Martin Cassel volvía a casa tarde, entre las 20 y las 22 horas. Lou, a la que había contratado recientemente, tenía instrucciones de cenar con las niñas, acostar a Bethsabée y quedarse hasta que su jefe volviera. También procuraba hacer compañía a Ruth, básicamente aburríendola con confidencias sobre su vida sentimental. La joven vivía con un tal Frank Tournier, electricista, hijo de electricista, y aficionado al tunning. El sábado, Frank quedaba con sus amigos para comparar las llantas de su coche, mientras que sus chicas, Lou entre ellas, comparaban colores de pintauñas. El domingo tocaba fútbol con los mismos amigos, mientras las mismas chicas se quejaban de sus novios. El problema de Lou eran los celos de Frank; estaba celoso hasta del jefe de su novia, al que nunca había visto, pero que la obligaba a quedarse hasta tarde.

–Cuando llego a casa a las nueve y media –explicó Lou en la cena–, Frank pone mala cara. Y si son las diez, se le cruzan los cables.

–Pues es el colmo de un electricista –observó Ruth.

Aquella noche, a las 21 horas, el señor Cassel no había vuelto todavía, y Ruth, para ahorrarse las lamentaciones de Lou, se encerró en su habitación. Se acostó hecha un ovillo sobre la cama, cerró los ojos y volvió a pensar en la fotografía de la clase de su madre. Tendría que haberla examinado con la lupa. No para averiguar si su padre cogía de la mano a la gemela que tenía a su lado, pues de eso estaba tan segura como Déborah, sino porque, aprovechando que la joven sonreía, habría querido comprobar si esa gemela tenía los incisivos separados. Ruth, que tenía esa misma particularidad, se había sentido acomplejada cuando le salieron los dientes definitivos, después de que Déborah le dijera amablemente que, cuando sonreía, parecía una vieja a la que le faltara un diente. Para consolarla, mamá le había explicado que era un rasgo de familia, ya que su hermana gemela los tenía igual. «O me equivoco, y era mamá...» Pero todo aquello quedaba muy lejos. A Ruth, su infancia le parecía una película que hubiera visto hacía tiempo. Y la muerte de mamá a la salida de un restaurante era el final de la película, el final de la infancia. Se había caído sobre la acera y se había ahogado. Ruth, que empezaba a quedarse dormida con la cabeza encima del brazo doblado, se sobresaltó al darse cuenta de que deliraba. Fue Ève-Marie quien se ahogó en el Charente. Mamá había muerto delante del Blue Elephant. Esa noche, papá volvió a casa solo. Ruth había oído sus pasos por el pasillo, como los empezó a oír en ese momento.

–Es el asesino –dice una voz.

El asesino entra en la habitación. Ruth, para defenderse, corre a coger la copa de plata que mamá ganó en natación. Pero el asesino le corta el paso; tiene un arma en la mano.

–¡Que nadie se mueva! Voy a matar a alguien.

No lo dice, pero Ruth sabe que le toca a ella señalar a aquel o aquella que debe morir para que los demás salven la vida. ¿Le dirá al asesino que mate a su madre? No, mamá no debe morir jamás. ¿Bethsabée, entonces? Pero si es un bebé, su corazón es demasiado pequeño para que quepa una bala. Queda papá. Si papá muere, es menos grave. Si muere, seguirán viviendo las tres juntas, se abrazarán, no tendrán frío. No, Ruth no puede pensar algo tan horrible. Da un paso y avanza hacia el asesino:

–¡Mátame a mí!

Al final, una vez más, se había sacrificado. Ya no le quedaba más que abrir los ojos, oírse respirar y salir del sueño. En ese mismo momento, se oyó una puerta. El asesino. Ruth suspiró, exasperada consigo misma. Sólo era su padre, que volvía del trabajo. Se había dormido durante unos instantes, con la cabeza encima del brazo, que se le había quedado anquilosado. Lo sacudió para eliminar el hormigueo. Después, cuando oyó el ruido de pasos acercándose, se apresuró a apagar la lamparilla del cabezal. Quería que su padre pensara que estaba dormida. Si entraba y le preguntaba: «¿Ha ido bien el día?», corría el riesgo de decirle que había vuelto a tener el sueño del asesino, como después de la muerte de mamá. No quería que él lo supiera; ni siquiera su psicóloga, la señora Chapiro, que era muy simpática, lo sabría.

El señor Cassel pasó por delante de la habitación y no se dejó engañar cuando vio que el haz de luz desaparecía bruscamente bajo la puerta. Tal vez fuera mejor que su hija mayor fingiera dormir. Entró de puntillas en la habitación de la pequeña para asegurarse de que dormía bien.

–¿Has matado a alguien hoy? –dijo una voz maliciosa.

–No, he tenido suerte. No he matado a nadie.

Era médico anestesista en el hospital Pellegrin.

-¿Papá?

-¿Sí?

-¿Me quieres?

Él se agachó.

-No mucho.

-Yo tampoco.

Él se inclinó para darle un beso y su hija lo abrazó con fuerza.

-Era broma -susurró la pequeña al borde de las lágrimas-. Te quiero de aquí a la luna...

-Y yo, de la luna a aquí.

Sus labios se rozaron.

Mientras tanto, en el salón, Lou recogía sus cosas a toda prisa. No llegaría a casa antes de las 22:15.

-¿Te parece el mejor momento para sacudir los cojines? -preguntó una voz a su espalda.

-¡No sacudo los cojines! Busco mi móvil.

Estaba a punto de sufrir un ataque de nervios al pensar en la cara que le pondría Frank cuando volviera a casa.

-Ah, de acuerdo -dijo el señor Cassel, sin moverse de la entrada del salón.

-¿Puede llamar a mi móvil? -le pidió Lou.

-Claro -asintió Martin, que seguía sin inmutarse.

Unos segundos más tarde, el croar de una rana salió de debajo del sofá.

-¡Ah, mierda! -farfulló Lou agachándose para coger el teléfono.

Después, volvió a ponerse de pie y dijo:

-¿No podría llegar antes?

-Sí, mujer, sólo estaba en una simple operación a corazón abierto. La próxima vez dejaré que acaben sin mí.

-Vale, ya lo pillo -gruñó Lou mientras se ponía la chaqueta-. Yo soy una pobre infeliz y tú, el rey de la anestesia.

De repente, temió que la hubiera oído, y miró de soslayo a su jefe, que seguía en el mismo sitio, sin moverse, hecho un pincel, como siempre, y con aspecto de estar sólo ligeramente cansado después de pasar diez horas en el quirófano. Lou se despidió a toda prisa farfullando «buenas noches, señor Martin». Él esbozó una media sonrisa al oír la puerta de entrada cerrarse de un portazo. Las personas excesivas lo divertían, y Lou, siempre desbordada por sus emociones, le parecía particularmente divertida.

Lou corrió hasta su Clio, hurgando con una mano en el bolso en bandolera para encontrar las llaves del coche, a la vez que buscaba «Pichoncito» en la pantalla de su móvil. Sus piernas, largas y delgadas, vacilaban sobre los altos tacones, y, al final, acabó por torcerse el pie.

—¡Ay, mierda! Eh... Hola, eres tú. Pichon... ¿Frank? Sí, sí, sí, jolín, me he... ¿Estás bien, cariño? Llego dentro de cinco...

—¿Dónde estás? ¿Qué haces a estas horas?

Jadeante y sin apenas poder apoyar el pie izquierdo, Lou sintió crecer la rabia en su interior.

—¿Que dónde estoy? ¿Y tú qué crees? ¡Currando! ¡Salgo ahora de casa de los Cassel!

—Pero ¿qué quiere ese tipo de ti a las diez de la noche?

Desde luego, habían empezado con mal pie. Lou prefirió cerrar el pico a su Pichoncito. Acababa de arrancar cuando las ranas se pusieron a croar.

—Estoy conduciendo, Frank, es peligroso hablar por tel... Te he dicho que ya voy.

Gritaba obscenidades, la trataba de puta y de zorra. Estaba acostumbrada. Dejó el móvil en el portavasos del coche y se puso a canturrear para tapar la voz que la insultaba.